

EL HOMBRE ANTE LA MUERTE

Se ha puesto de moda entre nosotros, hace ya unos años, la fiesta de Halloween en la Víspera de Todos los Santos, ahora conocida como Noche de las Brujas.

Cuando la Iglesia hace memoria de todos los Santos y reza por los difuntos, muchos de nuestros niños y jóvenes, animados incluso por sus padres y profesores, se entregan jubilosos a jugar con calabazas, esqueletos y telarañas para meter miedo.

Ante tal desatino, recuerdo una página que escribió **José Jiménez Lozano** en el libro-entrevista que coordinó José María Gironella bajo el título de “100 españoles y Dios”.

Ante la pregunta “¿Cree Ud. que hay en nosotros algo que sobrevive a la muerte natural?”, nuestro escritor castellano respondió de esta manera:

“Sí, “espero en la resurrección de los muertos y la vida del siglo futuro”. Ya sé que decir esto, en el mundo moderno, es un gran escándalo y que creerlo es una locura. (...) El hombre moderno se da de cabeza contra las paredes, como las reses en el carro del matarife, ante ese gran problema de la muerte, el único gran problema existencial y filosófico que da estatura adulta a una mente humana. La sensibilidad moderna más aguda se rebela en un grito de protesta contra las ausencias queridas, contra ese gran fracaso de la vida, esa tarea inacabada después de prometida, truncada por el desastre del polvo de la nada. Se alza contra el silencio del cadáver del ser amado que no nos consuela de su ausencia o del propio cadáver que no da respuesta al dolor de los que amamos. El hombre de hoy no tolera esa corrupción del cuerpo en medio de todas las humillaciones, ni comprende su desaparición, en gran parte porque la teología y la piedad cristianas han quedado desde siglos imbuidas de platonismo -dicotomía absoluta: alma-cuerpo- y descuidado el sentimiento escriturístico del hombre. (...) Y esa separación es un escándalo, la muerte es un escándalo ciertamente.

¿Qué puede alegar un cristiano? También para nosotros, los cristianos, lo es: es un escándalo, un desastre, una ruptura, hasta una especie de fracaso de la fe, en cuanto nos sume en la oscuridad y en el silencio de Dios. Pero en esta oscuridad y en este silencio es, sin embargo, donde se consuma nuestro acto de fe: «Sé que mi Redentor está vivo y que, en el último día, yo resucitaré del seno de la tierra y de nuevo estaré envuelto en mi piel y, desde dentro de mi carne, veré a Dios», como exclamaba Job desde su muladar y canta la Iglesia en las vísperas del oficio de difuntos o en el prefacio de la misa: que «la vida se cambia, no se arrebat» a nadie.

En esta cuestión de la resurrección de la carne soy muy poco hispánico. Nada, mejor dicho. Porque creo que está muy clara la total irrelevancia que tienen, en el talante católico hispánico, tanto el dogma de la resurrección de Cristo como el de la resurrección de nuestra carne. Y de ahí su profundo reaccionarismo; de ahí esa proclividad del español a lo macabro y a la comicidad de lo macabro; de ahí un cierto «machismo» ante la muerte, que sólo es pobre miedo disfrazado; de ahí la complicidad «eros-tánatos» en los toros o en los sentimientos amorosos; de ahí esas tremendas inscripciones desgarradoras en los cementerios que recuerdan las de los viejos paganos que no tenían esperanza; de ahí el tanto insistir en el polvo y en la nada, y de ahí, en fin, el tremendo fatalismo de nuestro pueblo, que no cree en la Historia ni en la forja de un mundo nuevo. Es inmensa la impronta que aquí dejaron judaísmo e islamismo, en este sentido, y ha sido nefasta una cierta predicación materialista del Cristianismo que se ha venido haciendo desde la Edad Media: gentes que se dicen creyentes, e incluso practicantes, pero confiesan luego no creer en la resurrección de la carne, aunque crean en el cielo o en el infierno, en el mejor de los casos”.